

RESEÑAS

de su campo, para aventurarse en las lagunas de la evolución de los primates.

Se trata, pues, de una obra interesante porque nos da una alternativa clara tanto al nativismo como al simulacionismo, predominantes en la teoría de la mente, que, como bien demuestra Hutto, adolecen de talones de Aquiles teóricos y prácticos importantes. Sin embargo, al desencantar los deseos y las creencias como unidades del pensamiento práctico, encuentra importantes dificultades a la hora de explicar el paso de las actitudes intencionales a las actitudes proposicionales, lo cual no deja de ser uno de los problemas que los mentalistas nativistas preferían dejar en la caja negra de sus famosos y mencionados módulos. Otro factor que no deja de sorprendernos es su afirmación de que la narración es un elemento prácticamente universal, no natural, sino cultural, al modo de la agricultura. Es como si la condición humana no fuese la de ser narrativo sino la de ser un buscador de narraciones, como nos han dicho MacIntyre o Taylor. No somos una narración, sino que nos entendemos a nosotros mismos a través de ellas.

Jorge Martínez Lucena
Universitat Abat Oliba CEU
jmartinez@uao.es

JAREÑO, J., *Ética y periodismo*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 2009, 161 pp.

La discusión ética acerca de los límites y alcances del periodismo está constantemente presente en el debate público. En *Ética y periodismo* se aborda esta discusión desde una perspectiva filosófica, partiendo de una concepción de la persona como sujeto moral que está en una constante búsqueda del bien, para después profundizar en las implicaciones éticas de la misión del periodista.

En primer lugar, el autor se detiene en la consideración del ser humano como un ser relacional que requiere de la información para su desarrollo, tal como lo demuestra el lenguaje humano y su condición de ser social por naturaleza. De esta manera, ninguna persona puede desentenderse de la comunicación, pues vive imbuida en ella y de ella se sirve para interpretar la realidad. Este hecho es particularmente significativo a la hora de analizar cómo los medios modelan la percepción. La posibilidad

RESEÑAS

de ser testigos directos de distintas guerras, las imágenes de los satélites, la rapidez con la que se difunde una noticia y, por tanto, el acortamiento de las distancias han hecho que los conceptos de espacio, tiempo y lugar se hayan transformado en la vivencia subjetiva que cada uno tiene de ellos. Estos cambios de mentalidad generan nuevas responsabilidades para el ser humano, que ahora se ve como un “ciudadano del mundo” y, como tal, comprometido no sólo con lo que pasa bajo su techo sino también con lo que sucede a miles de kilómetros de distancia.

Es cierto que los medios de comunicación se han convertido en verdaderos *mass media*, pero al ser mucho más que esto puede decirse que “no hay un sujeto público, abstracto, que sin embargo se manifieste de modo concreto. Antes bien tenemos que hablar de sujetos particulares en los que se va gestando una percepción más o menos singular de las cosas” (p. 51). Así es como Jareño entiende el análisis —y la verdadera formación— de la opinión pública, pues si nos quedamos en la mera consideración de un conjunto informe de individuos, es difícil escapar del movimiento inercial por el que muchos fácilmente se dejan llevar por opiniones más o menos generalizadas. Los medios, por tanto, deben atender a las personas en concreto y a su dignidad, que es el fundamento de la libertad de conciencia y el criterio para examinar la moralidad de las acciones, tal como se expone en el capítulo quinto. Allí Jareño desarrolla la idea de la dignidad como el punto central de su exposición acerca de la ética periodística, pues todos los derechos y responsabilidades del periodista se fundan en la dignidad ontológica de las personas. Por esto la tarea del periodista “no se reduce a la exclusiva defensa de las libertades de opinión, expresión e información. Aun siendo su fundamento y sustento, el periodismo abre su abanico de preocupaciones morales al resto de derechos y libertades básicos. Su compromiso, por tanto, no es con tales o cuales derechos, lo es con la propia dignidad humana” (p. 77).

En el capítulo sexto, el autor trata del problema de la objetividad y la verdad al que todo periodista debe hacer frente. Estos son, en definitiva, dos aspectos que constantemente se ponen en juego en la labor periodística, pues el control financiero de los medios, la falta de libertad a la que a veces se ven sometidos los profesionales de la información y la censura oscurecen estos dos pilares de todo periodismo que quiera formar e informar. El periodista, por tanto, debe gozar de la libertad e independencia suficiente para comunicar de acuerdo con el compromiso moral que ha adquirido con la sociedad. En este sentido el autor defiende que “el ideal que debe mover la formación del periodista” ha de ser el de “asociar la

RESEÑAS

libertad a la búsqueda del bien” (p. 111). Para cumplir este ideal es preciso educar la propia conciencia y actuar en consecuencia, conforme a lo que se tiene por bueno. Jareño dedica el capítulo octavo a hablar de la importancia de dicha formación, además de la necesidad de hacer coincidir la conciencia recta con la verdadera y las implicaciones que trae la *cláusula de conciencia* contenida en la Constitución Española de 1978 para los profesionales de la información.

Los derechos del periodista que se han mencionado antes, como la libertad de expresión y la independencia, pueden verse enfrentados con el derecho a la intimidad de todo individuo. Es necesario, entonces, abrir el debate acerca de los límites del periodismo. El autor recurre a distintos ejemplos en los que han colisionado los derechos, especialmente de personajes públicos, para ilustrar la tendencia de entrar en la vida privada de estos para “humanizarlos” y “compensar de alguna manera nuestras insuficiencias” (p. 127). Por último, a modo de conclusión, este libro termina resaltando la responsabilidad del periodista, que no consiste simplemente en la transmisión verdadera de unos hechos sino en un compromiso con todo lo humano. De esta manera “se acaba imponiendo, pues, la idea de que es necesario moralizar a los medios, es decir, hacer presente a los profesionales la necesidad —y la importancia— de una sólida formación moral” (p. 142).

En definitiva, *Ética y periodismo* es un libro dirigido principalmente a los estudiantes y profesionales de la información que quieran conocer con más profundidad la diferencia entre un buen periodista y un periodista bueno. El libro está lleno de ejemplos recientes —y menos recientes, pero no menos interesantes, como el *Affaire Dreyfus*— en los que comparece el impacto de los medios sobre la sociedad. Sin embargo, su principal aportación es la profunda base antropológica sobre la que el autor fundamenta su exposición, tal como el propio Jareño indica “antes que periodista (o empresario de los medios) se es persona, de ahí que el compromiso con el bien sea algo radical, es decir, se plantee como consustancial a toda actividad que consideremos humana” (p. 61).

Marcela Duque Ramírez
Universidad de Navarra
mduque@alumni.unav.es